

Le puse fin para obtener un principio - MERCENARIO ROJO

Dijo que era su último día de trabajo, que si me hacía llegar su número de teléfono. Asentí, puesto que a pesar de que era muy cierto que habíamos coincidido muy mínimamente a lo largo de sus diecinueve días de trabajo, no tenía mejores alternativas sociales. Se despidió de mí de una manera sorprendente, efusiva, natural. Con un abrazo de los que reconfortan, con un abrazo de esos que todas las personas necesitan semanalmente, me frotó la espalda e hice lo propio, me guiñó un ojo y me dio un beso en la mejilla derecha, no dejándome margen de maniobras para devolverle el mimo. Atónito, me guardé el móvil en el ridículo bolsillo del uniforme, color verde oliva. Sonrió y avanzó pasillo adelante, reconozco que le miré durante unos segundos el trasero, embolicado, con la mano en la mejilla besada, tras eso, ambos proseguimos con nuestras tareas correspondientes.

No acució mayor relevancia al suceso. Esperé cuatro horas a escribirle el primer mensaje, exponiendo quién era, sabía que tardaría en contestar, tal y como añadió, debido a haber perdido el cargador del teléfono móvil. Al día siguiente, transcurrido un número par de horas de dos cifras, me respondió, y hablamos unos pocos minutos, concertamos ponernos de acuerdo para el fin de semana siguiente, la conversación fue alegre y dinámica, rápida, simpática. Días después, yo mismo me eché atrás, mezcla de un catarro otoñal y de mi falta de autoestima. Me paré a pensar en todos los datos. Me expuse a mí mismo lo siguiente: *“Chica de treinta algo de años, madre soltera de un hijo pequeño, que vive en una ciudad a pocos kilómetros de la que yo estoy viviendo temporalmente, nos hemos conocido en el puesto de trabajo y el poco tiempo que hemos compartido ha transcurrido todo muy bien. Es joven, guapa y atractiva. ¿Tengo algo que perder? No. ¿Algo que ganar? ¿Quién sabe? Pensemos que sí.”*

Con todo y con eso tenía mis dudas, debido, como ya digo a la baja autoestima crónica en asuntos de relaciones amorosas. Pero, un momento, nos estamos precipitando, muy primeramente, haría falta unos lazos sociales. *“¿No nos estamos preocupando en vano de manera adelantada?”* - reflexioné.

Seguía, a pesar de ese gran punto clave, sin llevarlas todas conmigo, recorría el tiempo la desnudez de los días y decidí, de manera sencilla y directa, pedir consejo. En el momento conciso, lo hablé con otra compañera, de características curiosamente muy parecidas, la cual me instó a hablarle nuevamente, y cómo hacerlo. Obedecí. Con positivo resultado. No quise agregar más información que la necesaria, por el respeto a la intimidad de esta otra chica. La cita sería el lunes de la semana siguiente, tras haber recibido rápidas y concretas instrucciones y la buena noticia que una vez más se encontraba trabajando. Me alegré enormemente por ella.

Llegó el lunes. Me duché como era de esperar. Usé esa colonia. Me vestí decentemente, o al menos hice intento de ello. Cogí el autobús urbano y me encontraba en el lugar citado unos

Le puse fin para obtener un principio - MERCENARIO ROJO

diez minutos antes de la hora indicada. Ella llegó en coche, aparcó, fácilmente, era una hora cómoda. Se bajó e iba vestida sencilla, pero igualmente elegante y radiante. Entramos. En el devenir de la conversación que expresaba el jolgorio de ambos por la buena noticia de continuar laboralmente activa, cayeron sendos descafeinados. Un carajillo por parte de ella, una cerveza por mi parte. Entre risas, tronadoras, y conversaciones varias, comencé a sentirme cómodo, y hacer que ella se sintiese mismamente igual. De hecho era recíproco, no soy mucho de reír, francamente. Otra ronda, ella advirtió ser un tanto *borrachina*, alerté de la hora, el sol no se había ocultado aun completamente y ella tenía que hacer veintiséis kilómetros de vuelta por la autovía. No dijo nada. Otra ronda, acompañada de fotos para el recuerdo de la cita. Unas haciendo el tonto, otras denotando seriedad, belleza en demasía por su parte y ausencia de tal rasgo total por la mía. Otra ronda, y juegos de manos. Mis brazos, su cintura, mi torso, su cadera. ¡Camarero! ¡Algo más fuerte! Las ocho de la tarde. Estamos en el inciso de, o cortamos o nos liamos bien liados, recuerdo que es lunes. Ni caso. Las cervezas, ascendentes en graduación, dejaron el espacio pertinente en la mesa a otras bebidas alcohólicas mayores. Una ronda. Dos ondas. Hablar de compañeras del trabajo. De gustos. Otra ronda. De su hijo. De su parto. De mi inseguridad. De mis desengaños amorosos, de los suyos. He perdido la cuenta de las rondas.

* * *

Al día siguiente ella despertó en la cama de mi habitación, precipitada, buscando sus pertenencias, las cuáles intuyo que teléfono móvil, cartera con tarjetas de todo tipo, el bolso en general. Fue al baño, orinó, no utilizó la cisterna y apareció asustada en el salón, donde yo me hallaba, postrado en el sofá. Me preguntó que sí habíamos hecho algo. Respondí negativamente. Ella preguntó por una razón concreta. Mientras me erguía y caminaba capcioso en mis pasos a la cocina me limité a esbozar la idea de que en el estado de embriaguez en que ella se encontraba, me parecía ruin a ningún otro acto más interpersonal. No me creyó. Supuse esa reacción, señalé el sofá, añadiendo un comentario relacionado con la incomodidad que este provoca. Finalmente reflexionó, volvió a la habitación a intentar que todos los datos le cuadrasen, hizo algo de memoria y finalmente comentó que me creía, recogió sus cosas y me dio un beso en la mejilla contraria a la del día anterior. Me despedí de ella preguntando si había descansado, su rostro afirmaba frente tal cuestión.

Al día siguiente, iniciando la semana me la encontré en el devenir nuevamente del trasiego de los residentes válidos y dependientes. Se mostró algo esquiva, ausente hasta que me dirigió la palabra, con algo de vergüenza poco usual en ella. Le rondaba en la cabeza una duda, y yo lo sabía, al fin se dispuso a formularla. Mi respuesta fue: “*Le puse fin para obtener un principio.*”